

ministración y discreción del poder civil... no le creáis; huid de él, porque persigue á la Iglesia y es enemigo de Cristo.

Si veis que algún cristiano habla en gran número de cuestiones pura y netamente como los católicos, pero que en algunas otras piensa y habla como los racionalistas, huid de su trato cuanto podáis, porque es *semirracionalista*, ó *semicatólico*, ó *semiliberal*, que trata de armonizar el espíritu moderno con el espíritu del Evangelio, lo cual es una monstruosidad inconcebible que hace más daño á la Iglesia y á los fieles que todos los furibundos naturalistas, racionalistas, liberales y masones. Ese tal es enemigo de Cristo.

Y no quiero, amados míos, molestaros más, porque sería interminable enumerar los diversos matices, mezclas y medias tintas que en los asuntos dichos están presenciando nuestros ojos, considerando cada cuál que sabe más que su vecino, y más que su cura, y más que los Obispos, y más que la Iglesia entera, aunque ésta se halle regida é iluminada por el Espíritu Santo. ¡Pobres hombres! Y sobre todo, ¡pobres católicos cuando participan de alguno de los errores dichos, forjándose la ilusión de que van camino del cielo!

No olvidemos que, como advierte hoy San Pablo, «*tenemos que luchar, no ya contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los gobernadores de este mundo*»; es decir, contra los espíritus de tinieblas, infundidos en sus inteligencias y en sus corazones, para descatalogarnos, para trastornar el universo, y hacer del pueblo cristiano un pueblo enteramente pagano, ó un pueblo de fieras.

¿Qué hemos de hacer, pues, hallándonos rodeados de tantos y tan poderosos enemigos? El mismo San Pablo lo dice en la Epístola de este día: «*Vestirnos por completo de la universal armadura de Dios*» (*Induite vos armaturam Dei*), con la cual, fortalecidos de pies á cabeza, podamos resistir sus constantes y furiosas acometidas.

Demás de esto, sigamos el mandato de Cristo nuestro Señor, cuando dijo á sus discípulos: «*Guardaos de la doctrina de los fariseos y de los saduceos* (1)»; porque esto, en nuestras circunstancias, equivale á decir: «*Guardaos de la doctrina de los panteístas y deístas; guardaos de los racionalistas y semirracionalistas, de los masones y semimasones; guardaos de los liberales y semiliberales; pero sobre todo, guardaos de los LIBERALES CATÓLICOS, que son el peor género de todos los herejes habidos y por haber.*

Haciendo esto, carísimos hermanos, no hay que temer, porque

(1) Cavete a fermento phariseorum, et sadduceorum. (Matth., XVI, 6 y 12.)

Dios estará con nosotros, y al fin y al cabo, el tiempo es corto, la esperanza larga, y el premio eterno. Bendigamos al Señor por sus infinitas misericordias, y estemos seguros que después del combate de esta vida, tendremos regocijo perpetuo y corona eterna por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 2.^a

Para el Domingo XXI después de Pentecostés.

Continuación del combate espiritual cristiano.

HERMANOS míos amadísimos: La vida del buen cristiano sobre la tierra, no es vida de sosiego y de inacción, sino de pelea y de continuo movimiento. (*Militia est vita hominis*. Job, VII, 1.) Hoy más que nunca tiene aplicación esta verdad aterradora, y por eso hoy más que nunca conviene que nos fijemos en la Epístola de la presente Dominica. En ella nos declara San Pablo que «*tenemos que luchar, no ya contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los gobernadores de tinieblas de este mundo y contra los espíritus de iniquidad*». (Ephes., VI, 10-11-12.)

Mas como nosotros, con nuestras solas fuerzas, nada podemos hacer, he aquí por qué el mismo Apóstol, divinamente inspirado, añade á continuación: «*Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y estar firmes y provistos de todo. Estad, pues, firmes; que la verdad ciña vuestros lomos y sea vuestra coraza la justicia. Tened también calzados los pies, para estar prontos á predicar el Evangelio de la paz. Sobre todo, abrazad el escudo de la fe, para que con él podáis apagar todos los encendidos dardos del espíritu maligno. Tomad igualmente el yelmo de la salud y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.*» (Ephes., VI, 13 á 17.)

Muchas cosas y muy importantes hay que notar aquí, amados

míos; pero debiendo yo ser breve para no abusar de vuestra bondad, me concretaré sólo á trazar algunas líneas generales:

- 1.º Sobre el escudo de la fe contra el racionalismo.
- 2.º Sobre el yelmo de la salud y la espada del Espíritu.

PUNTO 1.º

EL ESCUDO DE LA FE CONTRA EL RACIONALISMO

No es posible, carísimos hermanos, que vivamos inactivos en este mundo; somos soldados de Dios, y es preciso pelear por la buena causa; *los días son malos* y los enemigos terribles. Si preguntamos *la naturaleza* de ellos, ya nos dice San Pablo, que son espíritus invisibles moviendo el corazón de los hombres; si *su número*, es innumerable, es una legión; si *su índole*, perversísimos y maliciosísimos; si *sus fraudes y astucias*, no tienen término sus agudezas y engaños; si *su potestad*, son los señores del mundo, los rectores y gobernadores del universo; si *su odio y enemistad*, son irreconciliables, siempre y en todas partes maquinando, por todos los medios, nuestra muerte y nuestra perdición temporal y eterna.

Con tales enemigos, y con tales cualidades, valiéndose de las concupiscencias de los hombres mundanos, para triturar á la Iglesia de Jesucristo, que es toda mansedumbre y toda amor, no es extraño que el Apóstol nos dé á todos la voz de alerta en la Epístola de hoy, diciendo: «*Siempre y en todas ocasiones tomad el escudo de la fe.*» (*In omnibus sumentes scutum fidei.*—Verso 16.)

Lo cual ciertamente es como si dijera: «Cristianos, ¿queréis vencer á toda esa turbamulta de hombres sin fe y sin conciencia, que bajo diversas denominaciones, é instigados por el demonio, intentan descatozar al mundo, para que desaparezca el *Reinado social de Jesucristo*, y domine en toda la tierra el imperio de Satanás?»; pues el remedio único es *embrazar el escudo de la fe*; pero fe firme, constante y sólida; fe viva, llena de verdad, de justicia, de santidad y de buenas obras; porque escrito está: «*Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.*» (*Haec est victoria, quae vincit mundum, fides nostra.*—I Joann., V, 4.)

Pues bien; sentada esta base, veamos cómo ataca el enemigo, y qué responde nuestra fe. Nuestro enemigo hoy es *el racionalismo*, al cual, para no asustar á las gentes, se le ha dado el nombre de *liberalismo*; porque en realidad el liberalismo, no es más que

una nueva fase del racionalismo; ó sea la aplicación de esta herejía al gobierno de las naciones. ¿Qué dice, pues, el racionalismo acerca de Dios y del hombre? ¿Qué dice en el orden moral, y qué en el orden social? Reflexionemos un momento.

El racionalismo dice: «*La razón humana, prescindiendo enteramente de Dios, es el único juez de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; es ley para sí misma, y basta con sus fuerzas naturales para promover el bien en hombres y naciones*» (*Syllab.*, prop. 3.^a).—Falso de toda falsedad; porque la fe enseña que «*Dios es la primera regla de todos los actos del hombre, y que la razón humana ha de ser regulada por Dios* (1).»

El racionalismo admite el horrible principio de que *la razón es Dios*, y por consiguiente, que la razón debe desterrar de este mundo á Jesucristo y ponerse en su lugar.—Blasfemia inaudita que la fe católica anatematiza diciendo: *Jesucristo es Dios*; y Jesucristo debe reinar en todo el orden de las cosas humanas, tanto en la vida social y pública, como en la individual y privada. Y basta esto, amados míos, para que todo cristiano abomine al racionalismo, que intenta arrojar del mundo á Jesucristo y divinizar la razón humana. Y mucho más si considera aquella profunda observación del sagrado Concilio Vaticano. Dice así: «*Después de haber abandonado y rechazado la Religión cristiana, después de haber negado á Dios y á su Cristo, han ido á parar muchas inteligencias al abismo del panteísmo, del materialismo y del ateísmo* (2).»

Y si abominable es el racionalismo, porque destruye *el reinado social de Jesucristo* y diviniza y pone en su lugar á la razón humana, ¿qué diremos de la moral que sustenta? ¡Oh! La moral de los racionalistas, fundándose en la soberanía de la razón independiente de Dios, toma por norma de lo verdadero su propia inteligencia, y por regla de sus acciones su voluntad. ¿Puede darse cosa más desatentada, más funesta y más corruptora? Si la razón es soberana, si la razón es independiente, si el hombre es para sí su propia ley, siguese que todo cuanto piensa el hombre es verdadero y todo cuanto quiere es bueno. ¿Por qué, pues, ha de combatirse la propia voluntad? ¿Por qué resistir los deseos del corazón, sean como fueren? ¿Por qué contrariar los atractivos é ímpetus de las pasiones? De esto á divinizar las malas pasiones no hay más que un paso.

Pues ved aquí, carísimos hermanos, adónde se intenta llevarnos

(1) Deus est prima regula, a qua etiam humana ratio regulanda est. (S. Thom., 2.^a 2.^{ae}, q. XXIII, a. 3.)

(2) Conc. Vatic., *De fide cath.*, Proem.

con los errores modernos; quiérese canonizar todas las pasiones, y dar por buenos y santos todos los vicios. «La soberanía de la razón, y la bondad absoluta de la naturaleza humana, lleva, por lógica consecuencia, á la emancipación de las pasiones, y á la soberanía del placer; es decir, á la ruina de toda moral (1).»

Ahora bien; en presencia de error tan monstruoso, nosotros, los cristianos, empuñamos el escudo y la espada de la fe, y decimos con nuestro Santísimo Padre León XIII: «Puesto que la humana naturaleza quedó viciada por el pecado original, y por esto se halla más propensa al vicio que á la virtud, es absolutamente imposible ser bueno sin reprimir los movimientos desordenados del ánimo, y someter á la razón los apetitos inferiores (2).»

Mas vengamos ya á la forma social de los racionalistas. Primeramente todos quieren que la sociedad civil se constituya y organice con entera independencia de Dios, y con amplio desarrollo de las libertades públicas, y como la razón es soberana, cada uno tiene por bueno y quiere lo que le dicta su razón, de ordinario obscurecida ó sobornada por la pasión ó por el propio interés. De aquí vemos que unos son *comunistas*, otros *socialistas* y otros *anarquistas*, pudiendo decirse que el orden social de casi todos los racionalistas, es el desorden y la ruina de toda sociedad civil. Nadie, pues, se queje del anarquismo, porque él es una consecuencia lógica del racionalismo.

Los hombres—dicen—nacen *buenos, libres é iguales*. En cuanto *buenos*, nada de cuanto piensan, quieren y hacen es malo. En cuanto *libres*, se consideran desligados de toda autoridad, divina y humana; y también exentos de cuanto pueda cohibir los gustos y tendencias del alma, del corazón y de los sentidos. En cuanto *iguales*, todos son igualmente soberanos, igualmente independientes, igualmente dioses por su razón. ¡Qué insensatez! Claramente expresó estas ideas nuestro amadísimo Pontífice León XIII, diciendo: «Según ellos (los racionalistas), los hombres son iguales en derechos; todos, y bajo todos los puntos de vista, son de igual condicion; cada uno es libre por naturaleza; nadie tiene derecho á mandar á nadie; es hacer violencia á los hombres pretender sujetarlos á una autoridad cualquiera, á menos que esta autoridad dimanase de ellos mismos.» (Encycl. *Humanum genus*.)

Yo no sé, amados míos, si puede concebirse error más satánico y más trascendental que este del racionalismo; pero sí sé que con

(1) Benoit, *Ciud. antic.*, tomo I: Moral racionalista.

(2) Encycl., *Humanum genus*, 20 de Abril de 1884.

el escudo de nuestra fe se queda completamente pulverizado de esta manera: «Los hombres no nacen buenos, ni libres ni iguales. Esto dice la fe y esto basta.

No nacen buenos los hombres porque vienen al mundo trastornados en todo su ser por el pecado original. Desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, no hay en ellos cosa sana. (Isai, I, 6.) No nacen libres, porque no se dan el ser á sí mismos; porque tienen un autor, y este autor es su Señor, y este Señor es primariamente Dios, y secundariamente los que le representan, llámense padres, en el orden natural, llámense reyes en el orden social, ó llámense Iglesia en el orden espiritual. No nacen iguales ni en cuerpo, ni en alma, ni en pueblos, ni en familias, ni en nada. ¿Quién, en sano juicio, podrá defender la igualdad natural, intelectual y social de todos los hombres?

Luego cae por su base el error racionalista; luego la sociedad fué instituida por Dios, y el poder social es obra suya; luego «toda cuanta potestad hay entre los hombres procede de Dios y se ejerce en nombre de Dios, como de suprema y augusta fuente» (1); luego Dios, autor de todo cuanto existe, tiene absoluta autoridad sobre las sociedades humanas; luego Jesucristo, Dios y hombre verdadero, es el soberano Señor y dueño de todo el género humano; luego Jesucristo es Rey supremo de todo el universo, y es una insensatez en los hombres tratar de suprimir el reinado de Jesucristo en todo el universo.

Por tanto, cristianos, todo cuanto neciamente afirma el racionalismo, respecto de Dios, del orden moral y del orden social, reduce á polvo ante la firmeza de un católico, que abrazando el escudo de la fe, diga con la Iglesia católica: «Creo en el reinado social de Nuestro Señor Jesucristo.»

Tal es, en resumen, lo que el Apóstol nos recomienda en la Epístola de este día, al decirnos que nos vistamos de la armadura de Dios, tomando el escudo de la fe; y como si esto no fuera bastante, añade á continuación que coloquemos en nuestra cabeza el yelmo de la salud y en nuestras manos la espada del Espíritu. (Verso 17.) ¿Qué significa esto? Os lo diré, para concluir, en breves palabras.

(1) Encycl. *Immortale Dei*.

PUNTO 2.º

EL YELMO DE LA SALUD Y LA ESPADA DEL ESPÍRITU

El yelmo, carísimos hermanos, que antiguamente usaban los soldados, servía poderosamente para preservar su cabeza de todo golpe del enemigo, y por comparación nos encarga hoy el Apóstol que, como soldados de Cristo, tomemos *el yelmo de la salud*, el cual, según declara el mismo Apóstol (I Thesal., V, 8) es *la esperanza de nuestra salvación*.

¿Quién, que tenga esperanza de obtener la gloria eterna, no pelea ahora denodadamente contra toda herejía y contra todos los espíritus del infierno, por más que se hallen encarnados en hombres poderosos y en príncipes y gobernadores de este siglo? Si *el escudo de la fe* es fortaleza para vencerles, *el yelmo de la esperanza* es el impulso que mueve á la fe y que hace arder á los corazones cristianos en llamas vivas de caridad. Reservada con este yelmo la cabeza, ésta dirigirá con acierto á todos los miembros, y no haya miedo que ningún cristiano desmaye en la pelea y se dé por vencido. En la cabeza del hombre residen los buenos pensamientos, los buenos fines y las buenas intenciones, y como esto no falte, la misma cabeza moverá el corazón, la voluntad, los buenos deseos, las palabras y las obras; la misma cabeza hará que se tome—como añade el Apóstol—*la espada del Espíritu*. (*Glaadium Spiritus*).

Nadie puede ignorar que esta *espada del Espíritu* es la *palabra de Dios*, porque el texto sagrado lo declara expresamente, y esta palabra de Dios nos la suministran, no sólo las Sagradas Escrituras en miles de páginas, sino la voz infalible de la Iglesia, que siempre se deja oír de quien no quiera ser sordo, y especialmente en nuestros días son admirables y no dejan nada que desear ni el *Syllabus* del inmortal Pío IX, ni el santo Concilio Vaticano ni las luminosas y portentosas Encíclicas de nuestro Santísimo Padre León XIII.

Ahí están esos documentos sagrados y en ellos puede leer el que tenga ojos y quiera, los horrorosos estragos de las monstruosas herejías reinantes, ya en los individuos, ya en las familias, ya en los Estados, ya en el mundo entero. En ellas puede ver lo que es el *racionalismo* y sus nefandos hijos, *el deísmo*, *el panteísmo*, *el ateísmo*, *el materialismo* y *el positivismo*, *el masonismo* y *el liberalismo*.

En ellas puede ver el sistema de los revolucionarios modernos sobre *la libertad é igualdad* originarias en el hombre; el sistema del *contrato social y la soberanía del pueblo*: el sistema práctico político de los *comunistas, socialistas y anarquistas*.

En ellas puede ver lo que es la negación del orden sobrenatural, la soberanía de la razón humana, la deificación del hombre, la restauración de la idolatría pagana y el odio eterno al Dios verdadero, á su Hijo unigénito Jesucristo, á la Iglesia católica, y á las órdenes religiosas y á todos los ministros del santuario.

Y, por no molestaros más, en ellas puede ver ese cúmulo de inmundicias, llamadas *libertades modernas*, piqueta demoledora de la Religión, del trono, y de todas las instituciones sociales del cristianismo; porque, en resumen, todas las herejías de nuestros tiempos pueden sintetizarse en esta satánica frase: «*Odio á Cristo nuestro Señor, y viva la razón pura. Muera Cristo, y viva Lucifer.*»

He concluido, amados míos, cuanto pensaba deciros hoy; tristes verdades por cierto; mas no por eso hemos de sucumbir ante nuestros enemigos, sino por el contrario, haciendo lo que hoy nos recomienda el Apóstol, tomaremos *el escudo de la fe, el yelmo de la esperanza y la espada de la caridad*; ó sea la palabra divina é infalible de la Iglesia, y la victoria será nuestra, sirviendo los ataques de nuestros enemigos únicamente para acrecentar nuestros merecimientos y para poner en nuestras sienes corona eterna de gloria. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo XXII después de Pentecostés.

Prosigue el combate espiritual cristiano.

HERMANOS míos amadísimos: Hemos llegado, por fin, á la Dominica del amor y confianza en Dios, y con gozo de mi corazón os dirijo hoy mi palabra, confiando en que la Epístola de este día ha de ensanchar vuestro ánimo alentándoos á servir y amar cada vez más á Dios nuestro Señor. La Iglesia nuestra Ma-